

EL MUNDO FEMENINO DE LAS TARJETAS Y LAS FESTIVIDADES: LAS MUJERES, LAS FAMILIAS Y EL TRABAJO DE PARENTESCO

MICAELA DI LEONARDO*

Traducción: Guillermo Brinck Pinsent**

¿Por qué se supone que las mujeres casadas de los Estados Unidos deben escribir todas las cartas y enviar todas las tarjetas a las familias de sus maridos? Mi viejo es mucho mejor escritor que yo, sin embargo, él espera que yo mantenga correspondencia con toda su familia. Si le pidiera que él se comunicara con la mía, le daría un ataque.

Carta a Ann Landers (The Washington Post, 15 de abril de 1983)

El lugar de la mujer en el ciclo de vida del hombre ha sido el de educadora, cuidadora y ayudante, la tejedora de esas redes de relaciones de las que ella, a su vez, depende.

Carol Gilligan (1982, p. 17)

Las académicas feministas han logrado en los últimos quince años grandes avances en la formulación de nuevos conocimientos sobre las relaciones entre el género, el parentesco y la economía en general. Como resultado de esta investigación pionera, las mujeres son nueva- mente vistas y escuchadas, ya no están sumergidas en sus familias. Vemos a los hogares como lugares de lucha política, partes inseparables de la sociedad y la economía en general, más que como refugios del despiadado mundo del capitalismo industrial (Hartmann, 1981;

* Micaela di Leonardo es doctora en antropología cultural (Berkeley, 1984) especializada en una amplia gama de intereses vinculados a la desigualdad socioeconómica en la vida urbana estadounidense en su intersección con la clase, la raza y el género, así como en la economía política global. Actualmente es Profesora Emérita del Departamento de Antropología de la Northwestern University.

Publicado originalmente como "The Female World of Cards and Holidays: Women, Families, and the Work of Kinship", *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 12(3), 1987, pp. 440-453. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/3174331>

La autora agradece a Cynthia Costello, Rayna Rapp, Roberta Spalter-Roth, John Willoughby y Barbara Gelpi, Susan Johnson y Sylvia Yanagisako de *Signs* por su ayuda con este artículo. Agrega: "En particular, deseo reconocer la influencia del trabajo de Rayna Rapp en mis ideas. El título de este artículo es una forma de reconocer y agradecer a Carroll Smith-Rosenberg (1975) por su texto 'The Female World of Love and Ritual: Relations between Women in Nineteenth-Century America'.

** Antropólogo, Escuela de Antropología, Geografía e Historia, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Correo-e: guillermo.brinck@uacademia.cl

Lasch, 1977). Las variaciones históricas y culturales en el parentesco y las formas familiares se han vuelto más claras con la maduración de la erudición histórica y científico-social feminista.

Dos tendencias teóricas han sido claves para esta reinterpretación del ámbito laboral y familiar de las mujeres. La primera es la visibilización de las actividades de las mujeres fuera del mercado laboral (tareas domésticas, cuidado de los niños, servicio a los hombres y cuidado de los ancianos) y la definición de todas estas actividades como *trabajo* (labor), mismas que se comienzan a enumerar y contabilizar como parte de la reproducción social general. La segunda tendencia es el enfoque no peyorativo en las redes domésticas o centradas en el parentesco de las mujeres. Ahora las vemos como el producto de una estrategia consciente, como cruciales para el funcionamiento de los sistemas de parentesco, como fuentes del poder autónomo de las mujeres y posibles sitios primarios de satisfacción emocional y, a veces, como medios para la supervivencia real y/o la resistencia política¹.

Sin embargo, recientemente se ha desarrollado una división entre las intérpretes feministas de la vida de las mujeres desde la perspectiva del “trabajo” (labor), por un lado, y las de la perspectiva de la “red”, por el otro. Aquellas que se enfocan en el trabajo tienden a ver a las mujeres como actoras sensibles y orientadas a objetivos, mientras que aquellas que se preocupan por los lazos de estas con los demás tienden a percibir las, principalmente, en términos de crianza y orientación altruista hacia el otro. El ejemplo reciente más célebre de esta división es el testimonio opuesto de las historiadoras Alice Kessler-Harris y Rosalind Rosenberg en el caso de discriminación sexual de la

Comisión de Igualdad de Oportunidades en el Empleo contra Sears Roebuck and Company. Kessler-Harris argumentó que históricamente las mujeres estadounidenses han buscado de manera activa trabajos mejor pagados y se les ha impedido obtenerlos debido a la discriminación sexual por parte de los empleadores. Rosenberg argumentó que en el siglo XIX las mujeres estadounidenses crearon, a través de sus redes domésticas, una “cultura de mujeres” que enfatizaba la crianza de los niños (y el cuidado a otras personas) y el mantenimiento de la vida familiar, y que desalentaba la competición por o la fuerte inversión emocional en empleos exigentes y bien remunerados².

No abordaré aquí este debate específico, pero, en cambio, consideraré sus implicaciones y trasfondo teórico. Argumentaré que necesitamos fusionar, en lugar de oponer, las perspectivas de la red y la del trabajo doméstico. En lo que sigue, presento un nuevo concepto, el trabajo de parentesco, tanto para apoyar la investigación feminista empírica sobre las mujeres, el trabajo y la familia como para ayudar a promover la teoría feminista en este campo. Creo que la naturaleza transfronteriza del concepto ayuda a trastocar la dicotomía “interés propio”/“altruismo”, lo que nos obliga a pasar de una postura disyuntiva a una que incluye ambas perspectivas. De esta manera espero contribuir a una visión feminista más crítica sobre la vida de las mujeres y el significado de la familia en el Occidente industrial.

En mi reciente investigación de campo entre italo-americanos en el norte de California, me encontré considerando las relaciones entre el parentesco de las mujeres y la vida económica. Como antropóloga, me interesaba la vida de la gente en relación con el

parentesco, más allá de los límites convencionales de la familia nuclear estadounidense o del hogar. Con este fin, recopilé historias de vida individual y familiar preguntando sobre todos los parientes y amigos cercanos y sus actividades. También estaba muy interesada en el trabajo de las mujeres. Mientras me sentaba con ellas y escuchaba los relatos de sus vidas pasadas y presentes, comencé a darme cuenta de que estaban involucradas en tres tipos de trabajo: el trabajo doméstico y el cuidado de los niños, el trabajo en el mercado laboral y el trabajo de parentesco³.

Por trabajo de parentesco me refiero a la concepción, el mantenimiento y la celebración ritual de los lazos de parentesco entre hogares, incluidas visitas, cartas, llamadas telefónicas, regalos y tarjetas a los familiares; la organización de reuniones festivas; la creación y mantenimiento de relaciones de cuasi parentesco; decisiones de descuidar o intensificar vínculos particulares; el trabajo mental de reflexión sobre todas estas actividades, y la creación y comunicación de imágenes que alteran la familia y el parentesco frente a las imágenes comunicadas por otros, tanto populares como de los medios de comunicación. El trabajo de parentesco es un elemento clave que ha estado ausente en la síntesis de las perspectivas de “trabajo doméstico” y “red doméstica”. En nuestro énfasis en las responsabilidades individuales de las mujeres dentro de los hogares y en el empleo, reflejamos la imagen común de los hogares como unidades nucleares, vinculadas quizás al sistema social y económico más amplio, pero no entre sí. Desde esta óptica perdemos de vista el sentido de la publicidad telefónica y de refrescos, de los números de vacaciones de las revistas femeninas, de la confusa nostalgia de los comentaristas por la mítica familia extendida estadounidense: es el

contacto de parentesco entre los hogares, tanto como el trabajo de las mujeres dentro de ellos lo que realiza nuestras expectativas culturales de la satisfacción de la vida familiar.

Mantener estos contactos, este sentido de familia, requiere tiempo, intención y habilidad. Tendemos a pensar en las redes sociales y de parentesco humanas como los epifenómenos de la producción y la reproducción: las huellas sociales creadas por nuestras vidas materiales. O, en la tradición neoclásica, lo vemos como parte de las actividades de ocio, fuera del ámbito económico, excepto en la medida en que involucran comportamientos de consumo. Pero la creación y el mantenimiento de redes de parentesco y cuasi parentesco en las sociedades industriales avanzadas es un trabajo; y, además, es en gran parte un trabajo de mujeres.

El enfoque del trabajo de parentesco trajo nuevas perspectivas sobre la vida familiar de mis informantes. En primer lugar, las historias de vida revelaron que a menudo la existencia misma del contacto con los familiares y la celebración de las fiestas dependía de la presencia de una mujer adulta en el hogar. Cuando las parejas se divorciaban o las madres morían, el trabajo de parentesco quedaba sin terminar. Cuando las mujeres establecieron relaciones sexuales o matrimoniales autorizadas con hombres en estas situaciones, reconstituyeron las redes de parentesco de su nueva pareja y organizaron reuniones y celebraciones navideñas. El empresario de mediana edad Al Bertini, por ejemplo, recordó la muerte de su madre en su adolescencia temprana: “Creo que esa es probablemente una de las mayores pérdidas en una familia – sí, recuerdo cuando era niño, cuando mi mamá estaba viva [...] las festividades se trataban con entusiasmo y amor [...] después de que ella

murió, se hacía el intento, pero simplemente no se materializó”. Más adelante en la vida, cuando Al Bertini y su esposa se separaron, la participación de él y de su hijo Jim en el contacto con la familia extendida disminuyó rápidamente. Pero cuando Jim comenzó una relación con Jane Bateman, ella y él se mudaron con Al, y Jim y Jane comenzaron a invitar a sus parientes a pasar las vacaciones. Jane planeó y cocinó la cena de las fiestas sin ayuda de nadie.

El trabajo de parentesco, entonces, es como las tareas del hogar y el cuidado de los niños: los hombres en general no lo hacen. Pero se diferencia de estas formas de trabajo en que es más difícil para los hombres sustituir la mano de obra contratada para realizar estas tareas en ausencia de las mujeres de la familia. En segundo lugar, descubrí que las mujeres, como trabajadoras en este campo, generalmente tenían un conocimiento de los parientes mucho mayor que el de sus maridos, lo que a menudo incluía un conocimiento más preciso y extenso de las familias de sus maridos. Esto era cierto tanto para las parejas de mediana edad como para las más jóvenes, y surgió en mis entrevistas en forma de argumentos humorísticos y en las adiciones detalladas de las esposas a las narrativas de los maridos. Nick Meraviglia, un profesional de mediana edad, habló sobre sus orígenes italianos en presencia de su esposa, Pina:

Nick: Mi abuelo era un hombre muy franco, y se informó que se fue a las colinas cuando se enteró de que Mussolini estaba en el poder.

Pina: Y era un hombre muy alto; solía tener que inclinar la cabeza para entrar por las puertas.

Nick: No, ese era mi tío.

Pina: Tu abuelo también, lo he oído decir a tu madre.

Nick: Mi madre tiene una hermana y un hermano.

Pina: ¡Dos hermanas!

Nick: ¡Tienes razón!

Pina: María y Angelina.

Las mujeres también estaban mucho más dispuestas a hablar de las disputas y crisis familiares y de sus propios roles en ellas; los hombres tendían a repetir declaraciones hechas que afirmaban la unidad familiar y la respetabilidad. (Esto fue mucho menos acusado en los hombres más jóvenes.) Las declaraciones de Joe y Cetta Longhinotti ilustran estas tendencias. Joe respondió a mi pregunta sobre las relaciones entre parientes: “Todos nos llevamos bien. Por regla general, los familiares no tienen nada más que problemas”. Cetta, en cambio, habló de sus relaciones con cada uno de sus hijos mayores, sus esposas, sus parientes políticos y sus propios parientes consanguíneos en detalle. No ocultó el hecho de que las relaciones fueran tensas en varios casos; estaba ansiosa por comentar la evolución de los problemas y escuchar mi opinión sobre sus acciones. Del mismo modo, Pina Meraviglia contó la siguiente historia de su pelea con uno de sus hermanos con una risa histérica: “Hubo algunos mordiscos, tirones de cabello y estrangulamiento [...] ¡Fue terrible! Ni siquiera debería decírtelo”. Nick, mientras tanto, estaba preocupado por mantener una imagen de unidad familiar y decencia.

Además, los hombres hablaban con fluidez de sus ocupaciones pasadas y presentes, mientras que las mujeres eran bastante inarticuladas al hablar sobre este punto. Cuando se les preguntó sobre su vida laboral, Joe Longhinotti y Nick Meraviglia, panadero de la Unión y profesional, respectivamente, dieron relatos detallados de sus carreras laborales. Cetta Longhinotti y Pina Meraviglia, funcionaria administrativa y ex administrativa, respectivamente, ofrecieron solo breves descripciones que se centraban en factores ambientales, como las “cosas preciosas” vendidas por la firma de Cetta.

Estos patrones no se repiten en la generación más joven, especialmente entre las mujeres más jóvenes, como Jane Bateman, que han logrado adquirir formación y realizar trabajos con alguna perspectiva de movilidad. Estas mujeres más jóvenes, sin embargo, han agregado al interés profesional y detallado en sus trabajos una responsabilidad sentida por el trabajo de parentesco⁴.

Aunque los hombres rara vez asumían tareas relacionadas con el trabajo de los parientes, las historias familiares y los relatos de la vida contemporánea revelaron que las parientes a menudo negociaban entre ellas, alternando las responsabilidades de hospedaje, preparación de alimentos y compra de obsequios o, en ocasiones, cediendo grupos completos de tareas a una mujer. Asumir o ceder tareas estaba claramente relacionado con adquirir o despojarse de poder dentro de las redes de parentesco, pero las mujeres variaban en su interpretación del significado de este poder. Cetta Longhinotti, por ejemplo, percibía la “cena familiar de Navidad” como símbolo de su papel central de parentesco y estuvo involucrada en dolorosas negociaciones con su nuera sobre el tema: “El año pasado insistió –esto es delicado–. No quiere que pasemos la cena navideña juntos. Así que el año pasado nosotros fuimos a su casa. Pero de igual modo hice mi cena al día siguiente [...] Hice una gran cena el día de Navidad, sin importar quién viniera; velas en la mesa, toda la rutina. También decoro la casa [...] bueno, siento que llegará el momento en que tal vez no tenga ganas de cocinar una gran cena. Ella debería aprovechar el hecho de que tengo ganas de hacerlo ahora”. Pina Meraviglia, por el contrario, se entristeció por la fuerza centrípeta del ciclo de desarrollo, pero no le preocupaba la dinámica de poder involucrada en sus negocia-

ciones con sus hijas y suegra sobre las celebraciones navideñas.

El trabajo de parentesco no es solo una cuestión de poder entre las mujeres, sino también de mediación del poder representado por los hogares unitarios⁵. Las mujeres a menudo optan por minimizar los reclamos de estatus en el trabajo de sus parientes e incluir el número de hogares bajo la rúbrica de familia. Anna, la hermana de Cetta Longhinotti, por ejemplo, está casada con un profesional cuyos padres tienen considerables recursos económicos, mientras que Joe y Cetta tienen bajos ingresos y ningún otro pariente acomodado. Cetta y Anna permanecen cerca, hablan por teléfono varias veces a la semana y ayudan a sus hijos adultos, divididos por la distancia y la situación económica, a permanecer unidos como primos.

Por último, las mujeres percibían las tareas del hogar, el cuidado de los niños, la participación en el mercado laboral, el cuidado de los ancianos y el trabajo de parentesco como responsabilidades que compiten entre sí. Sin embargo, el trabajo de parentesco era una categoría única porque no estaba etiquetado y porque las mujeres sentían que podían ceder algunas tareas a las parientes y/o reducirlo en extremo. Las mujeres citaron de diversas formas las presiones del mercado laboral, las necesidades de los ancianos y sus propios deseos de libertad y enriquecimiento laboral como razones para recortar las listas de tarjetas de Navidad, las reuniones organizadas durante las festividades, las cenas multifamiliares, las cartas, las visitas y las llamadas telefónicas. Expresaron culpa y actitud defensiva por este proceso de reducción y, en particular, por sus fracasos en mantener a las familias cerca a través del contacto constante y en organizar celebraciones navideñas perfectas. Cetta

Longhinotti, durante el período en que visitaba a su anciana madre todos los fines de semana, además de trabajar a tiempo completo, dijo de sus hijos mayores: “Tendría a toda la pandilla aquí una vez al mes, pero he estado tan ocupada que no he hecho eso durante unos seis meses”. Y Pina Meraviglia lamentó su trabajo insuficiente en las Navidades familiares: “Ojalá lo hubiera hecho realmente tradicional [...] como mi cuñada que tiene historias especiales”.

El trabajo de parentesco, entonces, tiene lugar en un escenario caracterizado simultáneamente por la cooperación y la competencia, por la culpa y la gratificación. Al igual que las tareas del hogar y el cuidado de los niños, es un trabajo de mujeres, con la misma falta de consenso claro sobre sus componentes adecuados: ¿Con qué frecuencia se deben cambiar las sábanas? ¿Cuándo se debe enseñar a los niños a ir al baño? ¿Debería una tía enviar un regalo de cumpleaños a una sobrina? Sin embargo, a diferencia de las tareas domésticas y el cuidado de los niños, el trabajo de parentesco, que se lleva a cabo más allá de los límites de los hogares predefinidos, aún no está etiquetado y no cuenta con un séquito de expertos que prescriban sus formas correctas. Ni los economistas domésticos ni los psicólogos infantiles tienen mucho que decir sobre los regalos de cumpleaños de las sobrinas. Por tanto, el trabajo de parentesco se puede reducir más fácilmente por no tener interferencia social. Por otro lado, los resultados del trabajo de los parientes —contacto frecuente entre parientes y sentimientos de intimidad— son objeto de una considerable manipulación cultural como indicadores de la felicidad familiar. Por lo tanto, las mujeres por lo general están sujetas a la culpa, como fue expresado por mis informantes, por reducir la actividad del trabajo familiar.

Aunque muchos de mis informantes se refirieron a los resultados del trabajo de parentesco realizado por las mujeres (contactos entre parientes de diferentes hogares y reuniones rituales concomitantes) como particularmente italoamericanos, sugiero que, de hecho, este fenómeno es ampliamente característico del parentesco estadounidense. Pensamos en las tareas del trabajo de parentesco, como la preparación de fiestas rituales, la responsabilidad de las listas de tarjetas navideñas y la compra de regalos como extensiones de las responsabilidades domésticas de las mujeres de cocinar, consumir y nutrir. Los hombres estadounidenses en general no asumen más estas tareas que las del hogar y el cuidado de los niños, y probablemente menos, ya que aún no han sido objeto de un debate público intenso. El desglose por género de mis informantes en la articulación relativa sobre el parentesco y los temas del lugar de trabajo refleja la segregación ocupacional aún prevalente —la mayoría de las mujeres no pueden encontrar trabajos que brinden suficientes salarios, estatus o posibilidades de promoción para que valga la pena centrarse en ellos—, así como la percepción del poder de las mujeres dentro de la red de parentesco. El reconocimiento común de ese poder se refleja en el libro de Selma Greenberg sobre la crianza no sexista de niños. Greenberg llama a las madres “agentes de prensa” que patrocinan las relaciones entre sus propios hijos y otros parientes, y aconseja a una madre cuyos familiares la tratan irrespetuosamente de que les niegue el acceso a sus hijos (1978, p. 147)⁶.

El trabajo de parentesco también es un concepto importante en otras partes del mundo desarrollado. Larissa Adler Lomnitz y Marisol Pérez Lizaur han descubierto que las “mujeres

centralizadoras” son responsables de estas tareas y de comunicar la “ideología familiar” entre las familias de clase alta de la Ciudad de México (1978, p. 398). En su estudio de las familias de clase alta en Japón, Matthews Hamabata (en prensa) ha descubierto que el trabajo de parentesco que realizan las mujeres implica transacciones financieras cruciales. Sylvia Junko Yanagisako (1975) descubrió que entre los migrantes japoneses rurales de los Estados Unidos, el mantenimiento de las redes de parentesco estaba a cargo de las mujeres, puesto que estos adoptaban la ideología estadounidense del hogar independiente basado en la familia nuclear. Maila Stivens señala que en Australia los lazos de parentesco y la ideología de parentesco de las amas de casa urbanas “rompe el aislamiento de las mujeres en las unidades domésticas” (1979).

Esto no quiere decir que las concepciones culturales del trabajo de parentesco no varíen, incluso dentro de los Estados Unidos. Carol B. Stack documenta el parentesco ficticio institucionalizado y las redes de reciprocidad asociado a él entre las mujeres negras empobrecidas de los Estados Unidos. Las mujeres pertenecientes a poblaciones caracterizadas por intensos sentimientos de identidad étnica pueden sentirse obligadas a celebrar ocasiones particulares – el Día de San Patricio o el Día de Colón⁷– con fiestas familiares debidamente organizadas. Estos constructos pueden estar mediados por la afiliación religiosa, como el caso de los distintos énfasis en las cenas familiares de los viernes o domingos entre judíos y cristianos. Por lo tanto, es probable que tanto el personal involucrado como la cantidad y tipo de actividades que se consideran necesarias para el desempeño satisfactorio de determinadas tareas relacionadas con el trabajo de parentesco estén

definidos culturalmente (Stack, 1974)⁸. Pero, mientras que los universos de parentesco y cuasi parentesco y el calendario ritual pueden variar entre las mujeres de acuerdo con la raza o la etnia, la responsabilidad general que ellas tienen de mantener este tipo de vínculos y las observancias rituales no varía.

Dado que el trabajo familiar no es un fenómeno étnico o racial, tampoco está vinculado únicamente a una clase social. Algunos comentaristas de la vida familiar estadounidense todavía reflejan la influencia del trabajo realizado en Inglaterra en las décadas de 1950 y 1960 (Bott, 1971; Willmott & Young, 1957, 1960) en su suposición de que las familias de la clase trabajadora son unidas y extensas, mientras que la clase media sustituye a la familia por los amigos (o por la anomia). Otros reflejan el pesimismo prevaleciente en los estudios de la familia en su presunción de que ni las familias trabajadoras ni las de clase media tienen un contacto familiar extenso⁹. En la medida en que el contacto familiar depende de la proximidad residencial, los cambios en el sistema económico influirán en las experiencias de grupos particulares. Es probable que los trabajadores de las fábricas, parientes o no, se dispersen cuando las plantas cierren o se reubiquen. Los pequeños empresarios o los profesionales independientes pueden, sin embargo, seguir residiendo en áreas particulares –y así mantener la proximidad con sus familiares– durante generaciones, mientras que los empleados profesionales de las grandes firmas se trasladan a instancias de sus empresas. Este es el patrón que se obtuvo entre mis informantes.

En cualquier caso, el contacto cruzado entre parientes de hogares diferentes puede realizarse y se efectúa a larga distancia a través

de cartas, tarjetas, llamadas telefónicas y visitas de en días de fiesta y vacaciones. La forma y funciones del contacto, sin embargo, varían según los recursos económicos. Carol B. Stack y Brett Williams (1975) ofrecen ricos relatos de redes de parentesco entre negros pobres y chicanos migrantes que trabajan en el agro, redes que operan para brindar apoyo emocional, mano de obra, productos básicos e intercambio de dinero: asistir a un funeral, ayuda con la lavandería, el regalo de un vestido o de un mueble. Muy diferentes en gradación son los intercambios que encontramos en las redes de parentesco de mis informantes más ricos, como por ejemplo, el préstamo de una casa de vacaciones, un viaje en bote multifamiliar o la provisión de servicios profesionales gratuitos. El punto es que los hogares, como unidades de trabajo e ingresos mancomunados, cualquiera que sea su riqueza relativa, son algo porosos en relación con otros hogares con cuyos miembros comparten parentesco o cuasi parentesco. No sabemos con certeza cómo operan las diferencias de clase en este ámbito, pero es posible que lo hagan en gran medida en términos de ideología. Puede ser que, como sugieren David Schneider y Raymond T. Smith (1973, p. 27), los ricos y los muy pobres reconozcan más abiertamente los necesarios lazos económicos con sus parientes que aquellos que se identifican a sí mismos como de clase media.

Al reconocer que el trabajo de parentesco se basa en el género y no en la clase podemos ver las redes de parientes de las mujeres en todos los grupos, no solo entre la clase trabajadora y las mujeres empobrecidas en las sociedades industrializadas. Este reconocimiento, a su vez, aclara nuestra comprensión de los privilegios y límites del acceso variable de las mujeres a los recursos económicos. Las mujeres adine-

radas pueden “comprar” las tareas del hogar, el cuidado de los niños e incluso algunas responsabilidades del trabajo de parentesco. Pero, como todas las mujeres, en última instancia ellas son las responsables y están sujetas tanto a la culpa como al reproche en cuanto administradoras del hogar, los niños y la red de parientes. Incluso las mujeres más ricas deben negociar el momento y el lugar de las vacaciones y otros rituales familiares con sus parientes femeninos. Es posible que el trabajo de parentesco sea la categoría principal de trabajo de las mujeres en la que todas cooperan, mientras que sus percepciones sobre la idoneidad de la cooperación para las tareas domésticas, el cuidado de los niños y el cuidado de los ancianos varían según la raza, la clase, la región y la generación.

Pero el trabajo de parentesco no es necesariamente una categoría específica de trabajo en todas las sociedades y mucho menos un trabajo generizado. En muchas sociedades de pequeña escala, el parentesco es el principal principio organizador de toda la vida social y todos los contactos son por definición contactos de parentesco¹⁰. En esos casos no es posible, por tanto, hablar de un trabajo que no implique a los parientes. En los Estados Unidos, el trabajo de parentesco, como una categoría delimitada de trabajo marcado por el género, quizás surgió históricamente durante el curso de la industrialización en los siglos XVIII y XIX, de acuerdo con las construcciones ideológicas y materiales de la madre moral y el culto a lo doméstico, así como con la familia circunscrita al espacio privado. Estos fenómenos están relacionados con el aumento de la ubicuidad de las ocupaciones productivas para los hombres que no se organizan por el parentesco. Esto incluye la desaparición de la granja familiar con la capitalización de la agricultura y

la migración del campo a la ciudad; el declive del reclutamiento familiar en las fábricas a medida que las empresas crecieron, acabaron con el trabajo infantil y empezaron a imponer formas burocratizadas de control; el declive de la mano de obra artesanal y de las pequeñas empresas a medida que las grandes firmas adquirieron una participación cada vez mayor en el mercado de productos básicos; el declive de la empresa familiar como corporación –y su fuerza de trabajo gerencial– dado que crecieron más allá de las capacidades de las familias individuales para proveerlas, y, finalmente, el auge de las burocracias de la función pública y la presión pública contra el nepotismo¹¹.

A medida que los hombres comenzaron progresivamente a trabajar cada vez más junto con no parientes, y a medida que crecía la aceptación de la ideología de la separación de las esferas, quizás la responsabilidad del mantenimiento de los vínculos de parentesco, como la de la crianza de los hijos, se convirtió en un foco de división de género. Ryan señala que “integrado en la economía familiar moderna [...] fue una nueva medida de voluntarismo”). Este voluntarismo, sin embargo, “percibido como el cambio desde la autoridad patriarcal hacia el afecto doméstico”, también implicó el aumento de la responsabilidad moral de las mujeres por la vida familiar. Así como la “idea misma de paternidad parecía casi desvanecerse”, también decayó la participación masculina en la responsabilidad por los lazos de parentesco (Ryan, 1981, pp. 231-232).

Con el crecimiento económico y el movimiento geográfico de posguerra, la carga de parentesco de las mujeres implicaba cantidades crecientes de tiempo y esfuerzo. La generalidad de las visitas prolongadas y la escri-

tura frecuente de cartas entre las mujeres del siglo XIX lo atestiguan. Y para los visitantes y para aquellos que vivían cerca unos de otros, la continua similitud del trabajo doméstico de las mujeres permitió tipos de trabajo compartido (amamantar, cuidar de los niños, cocinar, limpiar) que los hombres, con sus actividades cada vez más diferenciadas y controladas, probablemente no podían compartir. Esto no quiere decir que no prosiguiera algún trabajo productivo masculino relacionado con el parentesco; mis propios datos, por ejemplo, muestran la participación de familiares, en la actualidad, entre los pequeños empresarios. Más bien se trata de sugerir una tendencia general en la vida material y un cambio cultural que influyó incluso en aquellos cuyas vidas productivas y familiares siguieron estando entrelazadas. Yanagisako (1979) ha propuesto la distinción entre los ámbitos doméstico y público del parentesco para llamar la atención sobre las descripciones relativamente superficiales¹² que la antropología ha hecho sobre el ámbito doméstico (femenino). Usando su tipología, podríamos decir que el trabajo de parentesco como trabajo generizado surge dentro del dominio doméstico con la cancelación parcial del dominio del parentesco masculino público.

Ya sea que este modelo histórico propuesto resista o no la prueba de futuras investigaciones, la pregunta sigue siendo: ¿Por qué las mujeres realizan el trabajo de parentesco? Independientemente de cómo los factores materiales puedan moldear las actividades, estos no determinan la manera en que los individuos puedan percibir las. Y, al considerar cuestiones de motivación, intención y construcción cultural del trabajo de parentesco, volvemos a la dicotomía altruismo *versus* interés propio en la teoría feminista reciente. Consideremos los epígrafes de este artículo.

¿Las mujeres a cargo del trabajo de parentesco son tejedoras de una red de cuidado y crianza de la cita de Gilligan o víctimas de las circunstancias, como la mujer hastiada que escribe para quejarse a Ann Landers? Es decir, ¿debemos ver el trabajo de parentesco como un ejemplo más de la “cultura de las mujeres” que toma el cuidado de los demás como su principal aspiración? ¿O tenemos que verlo como otra forma en que los hombres, la economía y el Estado extraen mano de obra de las mujeres sin un retorno justo? ¿Y cómo ven las mujeres el trabajo de parentesco que realizan y el lugar que ocupa en sus vidas?

Como he indicado anteriormente, creo que el problema aquí es la creación de la dicotomía interés propio/altruismo. Como la mayoría de las mujeres estadounidenses, mis informantes aceptan como su responsabilidad principal las tareas del hogar y el cuidado de los niños dependientes. A pesar de dos grandes oleadas de activismo feminista en este siglo, la generización de ciertas categorías de trabajo no remunerado sigue en gran parte inalterada. Estas responsabilidades claramente interfieren con los compromisos laborales de algunas mujeres en determinadas etapas del ciclo de vida; pero, lo que es más importante, las mujeres simplemente son discriminadas en el mercado laboral y rara vez pueden lograr la paridad salarial y de estatus con los hombres de la misma edad, raza, clase social y nivel educacional¹³.

Por lo tanto, para mis informantes, como para la mayoría de las mujeres estadounidenses, el ámbito doméstico no es solo un espacio en que se debe realizar gran parte del trabajo no remunerado, sino también uno en que se puede intentar obtener satisfacciones humanas —y poder— no disponibles en el mercado de trabajo. Las antropólogas Jane Collier (1974) y Louise Lamphere

(1974) han escrito de manera elocuente sobre las formas en que las diversas estructuras económicas y de parentesco pueden definir el modo en que las mujeres compiten o colaboran en los dominios domésticos. Las feministas que investigan a las mujeres y las familias occidentales han analizado el tema del poder principalmente en términos de la relación entre marido y mujer o en las relaciones psicológicas entre padres e hijos. Si adoptamos el enfoque más amplio de Collier y Lamphere, sin embargo, vemos que el trabajo de parentesco no solo es un trabajo femenino del cual se benefician los hombres y los niños, sino también aquel en que se comprometen las mujeres con el fin de crear obligaciones en los hombres y los niños para ganar poder sobre ellos. Por lo tanto, la lucha de Cetta Longhinotti con su nuera por el lugar de la cena de Navidad no se trata solo de una competencia por el altruismo, sino también de la creación de obligaciones futuras. Por lo mismo, el patrocinio de Cetta y Anna de la amistad entre sus respectivos hijos es tanto un acto de crianza como un medio cooperativo de ganar poder sobre esos niños.

Aunque esta no era una distinción clara, las informantes que eran más explícitamente antifeministas tendían a estar más interesadas en el trabajo familiar. Dado el abrumador cambio histórico hacia una mayor autonomía para las generaciones más jóvenes y la extinción de las obligaciones financieras y laborales de los hijos con sus padres, esta inversión estuvo trágicamente condenada en la mayoría de los casos. Cetta Longhinotti, por ejemplo, había recompensado la devoción de su propia madre con una extensa atención domiciliaria durante sus últimos años de vida. Dado el fracaso general de Cetta para dirigir a sus hijos adultos en el trabajo, la elección matrimonial, el culto religioso

o incluso la frecuencia de las visitas que le prodigaban, es poco probable que reciba un cuidado similar de parte de ellos cuando sea mayor.

El enfoque del trabajo de parentesco revela, así, las estrechas relaciones existentes entre el altruismo y el interés propio en las acciones de las mujeres. Como señalan las economistas Nancy Folbre y Heidi Hartmann (en prensa), en Occidente hemos heredado una tradición intelectual que dicotomiza los dominios domésticos y públicos, y los asocia en ejes exclusivos, de modo que nos resulta difícil ver el interés propio en el hogar y el altruismo en el lugar de trabajo. Pero, ¿por qué, de hecho, las mujeres han luchado por mejores trabajos si no, en parte, para mantener a sus hijos? Estas dicotomías son lechos de Procusto que deforman nuestra comprensión de la vida de las mujeres tanto en el hogar como en el trabajo. El “altruismo” y el “interés propio” son construcciones culturales que no son necesariamente excluyentes entre sí y si lo olvidamos es a nuestro propio riesgo.

El concepto de trabajo de parentesco ayuda a poner de relieve una serie de tareas hasta ahora desconocidas que se asignan culturalmente a las mujeres en las sociedades industrializadas. Al mismo tiempo, este concepto, que incorpora nociones tanto de amor como de trabajo y traspasa las fronteras de los hogares, nos ayuda a reflexionar sobre los debates feministas actuales sobre el trabajo, la familia y la comunidad de las mujeres. Nuevamente vemos tanto las interrelaciones de estos fenómenos como los roles de las mujeres en la creación y el mantenimiento de esas interrelaciones. Revelar el trabajo real incorporado en lo que concebimos culturalmente como amor y considerar los usos políticos de este trabajo

ayuda a deconstruir la dicotomía interés propio/altruismo y a conectar más estrechamente la vida doméstica y laboral de las mujeres.

El verdadero valor del concepto, sin embargo, queda por demostrarse a través de más investigaciones históricas y contemporáneas sobre el género, el parentesco y el trabajo. Necesitamos evaluar la sugerencia de que el trabajo de parentesco generizado surge en concierto con el proceso de desarrollo capitalista; explorar el registro histórico de las concepciones variadas y cambiantes de mujeres y hombres, e investigar la gama actual de sus construcciones culturales y realidades materiales. Sabemos que los límites de los hogares son más porosos de lo que pensábamos, pero sin duda son diferencialmente porosos, y esto es lo que debemos especificar. Necesitamos, en particular, evaluar las relaciones entre los procesos laborales cambiantes, los patrones residenciales y el uso de la tecnología en el trabajo de parentesco en transformación.

Modificar los valores asociados a este conjunto particular de tareas de las mujeres será tan difícil como lo son las luchas relativas a las tareas domésticas, el cuidado de los niños y la segregación ocupacional. Pero, así como la investigación feminista en estas últimas áreas es complementaria y acumulativa, la investigación sobre el trabajo de parentesco debería ayudarnos a reconstruir el panorama del hogar, el trabajo y la vida pública para ver el mundo femenino de las tarjetas y las festividades tal como se construye y vive en el marco de la cambiante economía política. Cuán femenino seguirá siendo ese mundo y cómo se vería si no estuviera segregado por sexos son preguntas que aún no podemos responder.

Notas

¹ Ejemplos representativos de la primera tendencia incluyen a Vanek (1974); Cowan (1974); Oakley (1974); Hartmann (1981) y Strasser (1982). Contribuciones claves a la segunda tendencia incluyen a Lamphere (1974); Caulfield (1974); Smith-Rosenberg (1975); Yanagisako (1977); Humphries (1977); Cook (1979) y Kaplan (1982).

² Sobre este debate ver Weiner (1985); Winkler (1986); Rosenberg (1986); Kessler-Harris (1986).

³ Algunas partes del siguiente análisis han sido expuestas en Di Leonardo (1984), cap. 6.

⁴ Evidentemente, muchas mujeres, de hecho, hablan sobre su trabajo remunerado con voluntad y claridad. El punto aquí es que hay tendencias de género opuestas en una situación de entrevista idéntica, tendencias que son explicables en términos tanto de las realidades materiales como de las construcciones culturales actuales de género.

⁵ Papanek (1979) se ha centrado con razón en la producción del estatus familiar no reconocido de las mujeres, pero lo que se concibe como "familia" cambia y varía.

⁶ Otro ejemplo de apoyo indirecto a la existencia de trabajo de parentesco generizado es un estudio reciente de estudiantes universitarios de matemáticas, que encontró que una de las principales razones del fracaso de las mujeres para seguir una carrera en matemáticas era la presión de la participación familiar (Maines et al., 1981).

⁷ El "Columbus Day" se celebra el 12 de octubre y conmemora el arribo de Cristóbal Colón a América. Ese día tiene diversas denominaciones que destacan diferentes aspectos de un proceso complejo, como la invasión y la conquista de América (N. del T.).

⁸ Sin embargo, estas construcciones culturales también pueden variar dentro de las poblaciones étnicas/raciales.

⁹ Entre los estudios clásicos que asumen la diferencia de clase están: Gans (1962) y Komarovsky (1962). Un ejemplo reciente es Philipson (1982). Shorter (1975) es el epitome del pesimismo de la escuela de los "sentimientos familiares". Ver también Shanley (1979).

¹⁰ Ver Graburn (1971, pp. 3-4).

¹¹ El culto de la madre moral o culto de lo doméstico es analizado en Welter (1966); Cott (1977) y Bloch, (1978). La descripción del cambio político-económico en los Estados Unidos se basa en los trabajos de Braverman (1974); Hall (1977); Anderson (1978); Hareven (1978); Edwards (1979); Ryan (1981) y Kessler-Harris (1982).

¹² Aquí la autora utiliza la expresión "*thin descriptions*" en una clara alusión a la descripción densa que, según Clifford Geertz, caracteriza a la perspectiva etnográfica. Dado que la traducción literal ("descripción delgada") no remite a la analogía original, hemos optado por mantener el sentido, perdiendo el guiño que recuperamos torpemente a través de esta nota (N. del T.).

¹³ Ver Treiman & Hartmann (1981).

Referencias bibliográficas

Adler Lomnitz, L. & Pérez Lizaur, M. (1978). The history of a Mexican urban family. *Journal of Family History*, 3(4), 392-409.

Anderson, M. (1978). Family, household and the Industrial Revolution. En Gordon, M. (Ed.), *The American family in social-historical perspective* (pp. 38-50). Nueva York: St. Martin's Press.

Bloch, R. (1978). American feminine ideals in transition: The rise of the moral mother, 1785-1815. *Feminist Studies*, 4(2), 101-126.

Bott, E. (1971). *Family and social network*, 2ª ed. Nueva York: Free Press.

Braverman, H. (1974). *Labor and monopoly capital: The degradation of work in the twentieth century*. Nueva York: Monthly Review Press.

Caulfield, M. D. (1974). Imperialism, the family and the cultures of resistance. *Socialist Revolution*, 20, 67-85.

Collier, J. F. (1974). Women in politics. En Rosaldo, M. Z. & Lamphere, L. (Eds.), *Women, culture and society* (pp. 89-96). Stanford: Stanford University Press.

Cook, B. W. (1979). Female support networks and political activism: Lillian Wald, Crystal Eastman, Emma Goldman. En Cott, N. F. & Pleck, E. H. (Eds.), *A heritage of her own*. Nueva York: Simon & Schuster.

Cott, N. (1977). *The bonds of womanhood: Women's sphere in New England, 1780-1835*. New Haven: Yale University Press.

Cowan, R. S. (1974). A case study of technological and social change: The washing machine and the working wife. En Hartmann, M. & Banner, L. (Eds.), *Clio's consciousness raised* (pp. 245-253). Nueva York: Harper & Row.

Di Leonardo, M. (1984). *The varieties of ethnic experience: Kinship, class and gender among California Italian-Americans*. Ithaca: Cornell University Press.

Edwards, R. (1979). *Contested terrain: The transformation of the workplace in the Twentieth Century*. Nueva York: Basic Books.

Folbre, N. & Hartmann, H. I. (en prensa). The rhetoric of self-interest: Selfishness, altruism, and gender in economic theory. En Klamer, A. y McCloskey, D., *The consequences of economic rhetoric*. Nueva York: Cambridge University Press.

Gans, H. (1962). *The urban villagers: Group and class in the life of Italian-Americans*. Nueva York: Free Press.

Gilligan, C. (1982). *In a different voice*. Cambridge: Harvard University Press.

Graburn, N. (Ed.) (1971). *Readings in kinship and social structure*. Nueva York: Harper & Row.

Greenberg, S. (1978). *Right from the start: A guide to nonsexist child rearing*. Boston: Houghton Mifflin.

Hall, P. D. (1977). Family structure and economic organization:

Massachusetts Merchants, 1700-1850. En Hareven, T.K. (Ed.), *Family and kin in urban communities, 1700-1950* (pp. 38-61). Nueva York: New Viewpoints.

Hambata, M. (en prensa). *For love and power: Family business in Japan*. Chicago: University of Chicago Press.

Hareven, T. K. (1978). *Amoskeag: Life and work in an American factory city*. Nueva York: Pantheon Books.

Hartmann, H. I. (1981). The family as the locus of Gender, Class, and Political Struggle: The example of housework. *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 6(3), 366-394.

Humphries, J. (1977). The working class family, women's liberation and class struggle: The case of nineteenth century British history. *Review of Radical Political Economics*, 9, 25-41

Kaplan, T. (1982). Female consciousness and collective action: The case of Barcelona, 1910-1918. *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 7(3), 545-566.

Kessler-Harris, A. (1982). *Out to work: A history of wage-earning women in the United States*. Nueva York: Oxford University Press.

_____. (1986). Equal employment opportunity commission vs. Sears Roebuck and Company: A personal account. *Radical History Review*, 35, 57-79.

Komarovsky, M. (1962). *Blue-collar marriage*. Nueva York: Random House.

Lamphere, L. (1974). Strategies, cooperation and conflict among women in domestic groups. En Rosaldo, M. Z. & Lamphere, L. (Eds.), *Women, culture and society* (pp. 97-112). Stanford: Stanford University Press.

Lasch, Ch. (1977). *Haven in a heartless world: The family besieged*. Nueva York: Basic Books.

Maines, D. et al. (1981). *Social processes of sex differentiation in mathematics*. Washington: National Institute of Education.

Oakley, A. (1974). *Women's work: The housewife, past and present*. Nueva York: Vintage.

Papanek, H. (1979). Family status production: The "work" and "non-work" of Women. *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 4(4), 775-781.

Philipson, I. (1982). Heterosexual antagonisms and the politics of mothering. *Socialist Review*, 12(6), 55-77.

Rosenberg, R. (1986). What harms women in the workplace. *The New York Times*, 27 de febrero.

Ryan, M. (1981). *The cradle of the middle class: The family in Oneida County, New York, 1790-1865*. Cambridge: Cambridge University Press.

Schneider, D. & Smith, R. T. (1973). *Class differences and sex*

roles in American kinship and family structure. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

Shanley, M. L. (1979). The history of the family in modern England review essay. *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 4(4), 740-750.

Shorter, E. (1975). *The making of the modern family*. Nueva York: Basic Books.

Smith-Rosenberg, C. (1975). The female world of love and ritual: Relations between women in nineteenth-century America. *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 1(1), 1-29.

Stack, C. B. (1974). *All our kin: strategies for survival in a black community*. Nueva York: Harper & Row.

Stack, C. B. & Williams, B. (1975). *The trip takes us: Chicano migrants to the prairie*. Tesis de Doctorado. University of Illinois, Urbana-Champaign.

Stivens, M. (1979). Women and their kin: Kin, class and solidarity in a middle-class suburb of Sydney, Australia. En Caplan, P. & M. Bujra, J. M. (Eds.), *Women united, women divided* (pp. 157-184). Bloomington: Indiana University Press.

Strasser, S. (1982). *Never done: A history of American housework*. Nueva York: Pantheon Books.

Treiman, D. J. & Hartmann, H. I. (Eds.) (1981). *Women, work and wages: Equal pay for jobs of equal value*. Washington: National Academy Press.

Vanek, J. (1974). Time spent on housework. *Scientific American*, 231, 116-120.

Weiner, J. (1985). Women's history on trial. *Nation*, 241(6), 7 de septiembre, 161, 176, 178-180.

Welter, B. (1966). The cult of true womanhood, 1820-1860. *American Quarterly*, 18(2), 151-174.

Young, M. & Willmott, P. (1957). *Family and kinship in East London*. Londres: Routledge, Kegan Paul.

_____. (1960). *Family and class in a London suburb*. Londres: Routledge, Kegan.

Winkler, K. J. (1986). Two scholars' conflict in sears sex-bias case sets off war in women's history. *Chronicle of Higher Education*, 5 de febrero, 1, 8.

Yanagisako, S. J. (1975). Two processes of change in Japanese-American kinship. *Journal of Anthropological Research*, 31, 196-224.

_____. (1977). Women-centered kin networks and urban bilateral kinship. *American Ethnologist*, 4(2), 207-226.

_____. (1979). Family and household: The analysis of domestic groups. *Annual Review of Anthropology*, 8, 161-205.